



CAPÍTULO. X.

Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia; informes que le dá Laura de los comediantes.



RA poco mas ó menos la hora de la comedia, cuando mi nueva ama me dijo la seguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el vestuario, y allí quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico para presentarse en la escena. Así que empezó la representacion me llevó Laura á un sitio desde donde podíamos oir y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le habia oido á Don Pompeyo. Con todo eso fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacia un retrato satírico de cada uno.—Este, decia, es un atolondrado; aquel un insolente. Aquella melindrosa que ves, cuyo aire es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala adquisicion para la compañía. Mas valdria que se marchara con la que se está formando de órden del virey de Nueva-España y va á salir inmediatamente para América. Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¡Qué mala lengua! Ni aun á su misma ama perdonó.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo apasionado de ella,

aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. De todos decia mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que le decian los hombres. Una vez la seguí para observarla, y ví que tenia muchos conocidos. Noté que tres comediantes uno en pos de otro la detuvieron para hablarle, y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á experimentar lo que eran celos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura lo echó de ver luego que volvió.—¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada: ¿qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo.—Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, le respondí. Me parece que andas algo suelta; y esto me dá que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes.... Al oír esto, dijo ella, soltando una grandísima carcajada:—Vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. ¿Pues qué! ¿de tampoco te espantas? Eso es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan celos. En la nacion cómica los celosos se llaman ridículos, y así apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas bien avenida del mundo; y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.

Despues de haberme ecshortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me aseguró que me amaria siempre, y á nadie mas. Despues de una seguridad como ésta, de la cual podia yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofrecí no espantarme de nada; y con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar á solas, reír y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venia á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura y yo, habia en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas ayudándole el marmiton. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle tambien con dife-

rentes botellas de vinos esquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia, y figurándose ellas mismas que eran señoras de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *escelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, les trataba tambien sin cumplimiento: brindaba á su salud, y hacia los honores de la mesa.—Á fé, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos, y algo mas, mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) cuando se sirvieron los postres. Entonces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando.—Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto?—Sin duda, le respondí, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda.—Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fijarse en ninguna.—Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos, que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, á Dios gracias; hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos, y que sean para sí solos todos los gustos de la casa, porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas vale ganar poco á poco alhajas, que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Cuando Laura estaba de humor de hablar, lo que le acontecia casi de continuo, nada le costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil lances que habian sucedido á las comediantas del corral del Príncipe; y conocí por sus conversaciones que no podia estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos apenas causan horror, y añadiase á esto que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo conside-

raba yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no había mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome:—Toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras, procura regalarnos bien.—Señora, le respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la cuadrilla cómica.—¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo, los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre. Pedí perdon á mi ama de haber usado de una espresion tan poco respetuosa, suplicándole disculpase mi ignorancia, y protestando que, siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente, diria compañía, y jamas cuadrilla.



BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
Lado. 1625

CAPÍTULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y cómo trataban á los autores de comedias.



El día siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por orden de mi ama compré buenos pollos, conejos, perdices, y otras frioleras de semejante especie. Como los señores cómicos no están contentos de los ritos de la Iglesia con respecto á ellos, no observan con mucha puntualidad sus mandamientos. Llevé á casa mas comida de la que bastaria para alimentar á doce personas honradas los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de aderezar la comida, se levantó Arsenia de la cama, y se sentó al tocador, donde estuvo hasta medio dia. Llegaron entonces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas, Constanza y Leonor: un momento despues se dejó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello peinado á la última moda, un sombrero con una ala levantada, y su penacho de plumas en figura de ramillete; calzones ajustados; ropilla¹ bordada con flores de oro, y medio desabrochada, por donde se descubria una finísima camisa guarnecida de ricos encajes; guantes y pañuelo de cambray delicadísimo, metidos en la guarnicion ó cazoleta de la espada; capa larga, terciada sobre el hombro con mucho garbo y bazarria.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un

¹ Ropilla era una especie de chaqueta larga con faldetas que por delante se ajustaba al cuerpo: tenia en los hombros sus brahones para adorno, y era muy semejante á las que usan los actores cuando visten á la antigua española. Tambien solian llamarla jubon.

hombre raro este sugeto. No me engañé en mi concepto, porque era un ente singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia fué precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Se recalca sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero.—Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al Señor Carlos Alfonso de la Ventolería. Voy á pintártele al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante; dejó el teatro por antojo, y se arrepintió despues mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? Pues sábetelo que es teñido, ni mas ni menos que sus cejas y bigotes. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, cuando nació, se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre mas pagado de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una completa ignorancia; y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear en griego y en latin. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir de que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor, y lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le oigo declamar aquí, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciaion tan afectada, y con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridiculo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal de un aspecto mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Quería hacer tambien el chistoso y discreto, sacando de su mollera dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono grave y bien estudiado. Por otra parte las comediantas y comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos. Comenzaron á hablar de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo poco caritativo; pero esto es menester perdonárselo, tanto á los comediantes como á los autores. Acaloróse un poco la conversacion á espensas del prójimo.—¿Habeis sabido, amigas, dijo Casimiro, el nuevo pasage de nuestro compañero Cesarino? Compró esta

mañana un par de medias de seda, cintas y encages, haciendo despues que un page se los llevase al ensayo como de parte de cierta condesa.—¿Qué bribonada! exclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que aun las damas de mayor distincion nos ahorran la ruindad y el trabajo de inventarlas; pues tenian el capricho de ir ellas mismas en persona á comprar lo que nos regalaban.—Pardies, repuso Ricardo en el mismo tono, que ese capricho aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando tocan á personas de suposicion.

—Señores, interrumpió Florimunda, suplico á ustedes dejen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe, y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oido que se le ha escapado aquel señor que gastaba tanto con ella.—Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas; tambien acaba de perder un rico mayordomo, á quien sin remedio hubiera dejado sin camisa. Lo sé originalmente. Su mensajero hizo un *qui pro quo*, llevando al señor un billete que era para el mayordomo, y al mayordomo una carta que escribia al señor.—Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda.—¡Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco importante, pues ya habia consumido casi toda su hacienda; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No ha pasado aun por la aduana de las coquetas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

Á esto, poco mas ó menos, se redujo la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiese de referir cuantas especies se tocaron, todas de murmuracion ó de fatuidad, el lector llevará á bien que las suprima, para contarle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que llegó á casa de Arsenia hácia el fin de la comida.

Entró nuestro lacayuelo donde estaban comiendo, y en voz alta dijo á mi ama:—Señora, ahí está un hombre con la camisa sucia y lleno de cazcarrias hasta el cogote, que con perdon de ustedes tiene traza de poeta, y dice que desea hablar á vd.—Hazle subir, respondió Arsenia. Nada de cumplimientos, señores, añadió, que es un autor. Efectivamente, era uno que habia compuesto cierta tragedia admitida por la compañía; y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar hizo cinco ó seis profundas cortesías á los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase, ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una simple inclinacion de cabeza. Fuése acercando, pero siempre temblando y confuso: cayéronse los

guantes y el sombrero; levantólos, y se acercó á mi ama; y presentándole un papel mas respetuosamente que un litigante presenta á su juez un memorial:—Dignaos, señora, le dijo, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros piés. Recibióle ella con la mayor frialdad, y con cierto aire de desprecio, sin dignarse aun de responder una sola palabra á su cumplimento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual, aprovechando aquella ocasion para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Florimunda, quienes lo tomaron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia usado Arsenia; antes por el contrario, el comediante naturalmente muy cortes, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dejaria de decir mil pestes de los comediantes como merecian; y éstos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores con mucho respeto.—Páreceme, dijo Florimunda, que el Señor Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

—Y bien, Señora, interrumpió Casimiro, ¿qué cuidado se os dá? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese seria el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que, si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiran de nosotros algun tiempo, no durará mucho: la manía de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras.—Tienes mucha razon, dijo entónces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que les hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad, y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Así los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

